

Jesús J. SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

ROCARD, Michel, *¿Coherencia o
ruptura? Textos políticos 1979-
1985* 1029

artículos que realmente aporten algo a tan ansiosos lectores; sin lugar a dudas que es mucho trabajo para tan pocas personas...

Julio TÉLLEZ VALDES

ROCARD, Michel, *¿Coherencia o ruptura? Textos políticos 1979-1985* (trad. de Rosa María Burchfield M.), México, FCE, 1988, 247 pp.

Salvo las excepciones de rigor, no hay nada más efímero en nuestro escenario político que los discursos. Artículos desechables pero indispensables para el ritual. Nuestro discurso no tiene más horizonte que el titular del periódico; va dirigido al corazón antes que a la razón y al príncipe más que al pueblo; no es, aunque se pronuncie en la plaza, cosa pública. Entre nosotros el discurso del político habla más por lo que calla que por lo que habla. Así ve las cosas Pablo González Casanova en un estudio sobre la cultura política en México: "Lo que se dice no es lo que se está diciendo, y por supuesto nadie escucha lo que se dice sino lo que se está diciendo. Y siempre, tras las formas, están la cultura y la lógica del poder."

Ese es el origen de la sorpresa que el libro de Michel Rocard provoca de inmediato: la trascendencia de sus componentes, que son, por definición, producto de circunstancia. *¿Coherencia o ruptura? Textos políticos 1979-1985*, publicado recientemente por el Fondo de Cultura Económica en su Colección Popular, recoge una serie de discursos que han rebasado la barrera de lo inmediato. Los textos seleccionados dan cuenta de un diagnóstico del presente y una "visión del porvenir" que va más allá de la táctica y el corto plazo.

Textos políticos revela inmediatamente el título. Pero no es solamente el contenido de los discursos lo que los convierte en artículos políticos, son políticos sobre todo por su procedencia. Su autor no es espectador distante del teatro de la política: es protagonista. Se revive la vieja tensión entre saber y poder. Para Ortega y Gasset la disyuntiva es clara e inevitable: "hay dos clases de hombres: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales". No hay punto medio, la disyuntiva es infranqueable. El político de Ortega, no vive para pensar, vive para hacer. Para el filósofo español, la acción supone siempre renuncia de reflexión. Hay, sin embargo, múltiples ejemplos de hom-

bres ocupados que son, al mismo tiempo, preocupados. Michel Rocard es uno de ellos. La política, señala Weber, se hace con la cabeza, no con otras partes del cuerpo o del alma.

Michel Rocard, "intelectual político", pretende resolver definitivamente la dicotomía entre idea y acto. La política no es asunto de fuerzas irracionales o leyes inevitables; la política es, como el arte, actividad de cultura. La disyunción no tiene sentido. Así lo veía Jesús Reyes Heróles: "La actuación requiere del pensamiento y el pensamiento se amplía con la actuación ligera o profunda, pequeña o grande; en fin, pensar y actuar se robustecen al comunicarse."

El diálogo entre pensamiento y acción da sentido y contenido a los textos de Rocard: actos que se piensan, pensamientos que actúan. "En política —dice Rocard— es necesario hacer lo que se dice y decir lo que se hace" (p. 46). Para ganar, afirma, hay que hacerse comprender. El pluralismo de la democracia es el reino del diálogo que exige claridad de los proyectos en disputa. La política de hoy no puede ser la tierra de los arcanos. Tampoco puede ser el frío terreno de las fórmulas "los franceses —afirma— tienen necesidad de esperanza y no sólo de realismo, pero también tienen la necesidad de que esta esperanza se ancle sólidamente en la realidad" (p. 49).

Rocard es consciente de las dificultades que el político enfrenta para expresar con verdad y profundidad su visión de las cosas. En el hombre de Estado

se conjugan en efecto la falta de disponibilidad y la tentación de la facilidad. La primera se debe a que, solicitado en todas partes, el tiempo que puede consagrar al estudio y a la reflexión lo tiene miserablemente contado. La segunda resulta de la imprecisión del cuestionamiento al cual está sometido. Invitado al simplismo en la expresión, no es incitado al rigor en la proposición (p. 11).

Rocard vence los obstáculos; hace de sus discursos verdaderos ensayos políticos; logra construir con ellos una verdadera teoría de práctica política: la práctica política de la socialdemocracia en el poder. Esa es su aportación. Si para el socialismo, en algún momento el problema central era la toma del poder, ahora ocupa ese lugar preponderante el problema de su ejercicio. La constante en sus planteamientos es su invariable posición crítica, su voluntad de impedir que las ideas se modifiquen en dogmas. Las ideas y la política a examen, frente a frente: "Es la realidad la que nos ha arrastrado hasta ahí. Es la comprobación de que, cuando se gobierna, se encuentran hechos, y son los hechos los que deben inducir al discurso a adaptarse" (p. 111).

Una obsesión recorre los textos de Rocard: la modernización política, sobre todo la modernización del socialismo francés y su discurso. La suya es una terca y sólida argumentación en contra de los arcaísmos que arrastra. No hay en sus ponencias ningún resabio del "conformismo marxista" (es expresión de Bobbio) que ha dominado tan amplios espacios de la cultura de izquierda. Rocard recoge del intelectual el escepticismo como método, la duda como punto de partida. Entre sus propuestas destaca su invitación a superar la comodidad de la oposición que se refugia en una tendencia a la irresponsabilidad. Debe resolverse definitivamente "la idea de que puede haber un discurso socialista en la oposición y un discurso socialista en el gobierno" (p. 63).

Coherencia es la primera palabra inscrita en el libro; ese es su llamado. Ruptura es la otra cara del título; es su advertencia. Rocard rompe con la ruptura y el radicalismo que encierra: "lo que está en juego en el combate es sustituir una política por otra, y no una sociedad por otra. Es la victoria de la alternancia sobre la alternativa" (p. 10).

Llama la atención su inmersión por las aguas de la economía. En su tratamiento, ve Rocard uno de los síntomas del subdesarrollo de la perspectiva socialista. El socialismo, concluye, ha sido incapaz de dar respuesta a los complejos problemas económicos y torpe para explicar las medidas que, desde el gobierno, ha tomado en ese terreno. Otra vez: se necesita entender y explicar. Hay aquí costosos rezagos ideológicos y políticos. La izquierda ha analizado tradicionalmente los problemas de la economía en términos de distribución más que en términos de producción. Por la fuerza del valor justicia ha olvidado la importancia del término eficiencia, llegando al extremo de rechazarlo por reaccionario. La ideología, obstáculo de gobierno. Para superar esta deficiencia es necesario "conciliar las dos condiciones indispensables del éxito: el rigor económico y la audacia política" (p. 19). Aquí sobresale el político: es imperativo conciliar justicia y eficiencia, sueños y razón. Representa una nueva cara del realismo político, ya no como un llamado a respetar el estado de cosas, sino como la búsqueda de lo posible. De ahí las exigencias. La experiencia da cuenta de que "desde que se deja de contar es el esfuerzo de hombres y mujeres el que cesa de contar" (p. 20). El rigor económico no es de izquierda ni de derecha. La labor no es sencilla. Rocard lo sabe. Una de sus principales tesis es que "la economía no se cambia por decreto", no basta querer cambiar para que las cosas cambien. En este sentido, uno de los mayores retos planetarios es superar esquemas para "redefinir el papel y el lugar del Estado". El Estado no puede hacerlo todo y, afir-

ma en sentencia categórica, no está hecho para producir. Alrededor de esta polémica fundamental, Rocard plantea la necesidad del "adelgazamiento del Estado". Con esas palabras. Se retoma la distancia inicial del socialismo frente al poder. Rocard está ya muy lejos de la estatolatría. El estado no es la panacea. Para gobernar mejor es necesario administrar menos. El Estado se relativiza. Se llega, incluso, a proponer el "redescubrimiento del individuo" como primer paso. La sociedad civil en el centro.

Todo esto da cuenta de que la batalla por la modernización política debe librarse no solamente en el terreno de las instituciones, sino también, y fundamentalmente, en la arena de las ideas y las mentalidades. Es una lucha contra los catecismos. No hay que creer en atajos, nos dice Norberto Bobbio. Es por ello que han de remirse algunas concepciones que la izquierda ha convertido en verdaderas zonas sagradas: la planificación, la propiedad, la reglamentación económica, la función del Estado, el sitio del individuo. Nada escapa al examen. El mundo, afirma Rocard, vive una gigantesca mutación. Desentrañar su sentido es uno de los reclamos del presente para poder enfrentar sus retos.

La reunión de estos discursos recientes de Michel Rocard es una puerta abierta a la vida pública francesa de nuestra época y sus debates centrales. Sus planteamientos son oportunos para nuestro país en estos momentos que exigen la revisión de nuestros esquemas conceptuales. Es también una ventana a la trayectoria política de su autor. No es caprichosa la inserción de una frase de Montaigne como epígrafe: "El verdadero espejo de nuestros discursos es el curso de nuestras vidas." Así, Rocard dibujaba en diciembre de 1984 las líneas principales de su autorretrato: "He sido un destructor de sueños, he sido un destructor de ideas al grito de '¡Presten atención, esto no será fácil!'." Voces como la de Rocard lo hacen, por lo menos, un poco menos difícil.

Jesús J. SILVA-HERZOG MÁRQUEZ